

Tirada: 118.042	LA VANGUARDIA <small>PERIODICO DE LEEI PUBL. DON CARLOS I DON BARTOLOME GODO</small>	Superficie: 528 cm²	 1 / 1
Difusión: 92.314		Ocupación: 54.59%	
(O.J.D)		Valor: 16.369,21 €	
Audiencia: 323.099	Nacional Diaria	Página: 8	
Ref: 13312814	General		
	2ª Edición 02/05/2022		

Johnson se muestra dispuesto a hacer añicos los pactos del Brexit

Es el 'arma nuclear' del premier para neutralizar el creciente desafío a su liderazgo

RAFAEL RAMOS
Londres. Corresponsal

Boris Johnson siempre ha sido un político no convencional, populista, capaz de modelar su ideología a lo que le conviene en un momento dado, ya sea apoyando la inmigración cuando era alcalde de Londres (una ciudad cosmopolita, de mucho extranjeritos) o promocionando el Brexit como un vehículo para restringirla y controlar las fronteras. Pero ahora, con la espada contra la pared por el *partygate*, la inflación y el deterioro de la economía, parece dispuesto a dar un paso más. Es el equivalente a renunciar al quinto principio de Euclides (el que establece que dos rectas paralelas son equidistantes), y abrazar una geometría política no euclidiana, como las que sustentan la mecánica cuántica o la teoría de la relatividad (cualquier recta de un plano se cruza con cualquier otra recta situada en un mismo plano).

Para Johnson no existen rectas paralelas, lo suya es la geometría (o la política) hiperbólica. Se puede ser a la vez de derechas (ley y orden, restricción de libertades, control férreo de los ciudadanos, intervención de sus móviles y ordenadores) y de izquierdas (repartir mil billones de dólares para combatir la pandemia y proteger los empleos). Se puede ser un defensor teórico

de la diplomacia e intentar suspender el Parlamento. Y se puede presumir de haber obtenido un gran acuerdo del Brexit con la Unión Europea, y proceder a intentar desmantelarlo "porque no funciona" (una realidad difícil de negar).

Esto último es el arma nuclear que está acabando de activar el primer ministro británico, preparado para que su situación se complique en los próximos días y semanas. Primero con los resultados de las elecciones muni-

Que dé el paso depende de hasta qué punto se vea presionado por el 'partygate' y los resultados electorales

cipales del jueves en Inglaterra y el País de Gales, y autonómicas en el Ulster. Y después con posibles nuevas multas por su participación en las fiestas ilegales de Downing Street durante la pandemia, y la publicación -demorada pero inevitable- del informe al respecto de la funcionaria Sue Gray, devastador según quienes han tenido acceso a él, que expone la cultura de "unas reglas para nosotros y otras para la gente", suficiente para hacer caer a cualquier líder con un mínimo de dignidad.

Pero Johnson ya ha dicho que su intención es cerrar por dentro la puerta del 10 de Downing Street, tirar la llave al retrete y atrincherarse como si afuera hubiese una guerra nuclear, meterse en el búnker como esos conspiracionistas estadounidenses que cavan túneles en el estado de Oregon y acumulan alimentos en previsión del fin del mundo. Está decidido a intentar sobrevivir políticamente como sea. Y ello incluye romper de manera unilateral los acuerdos del Brexit que él mismo firmó y son la base de la actual relación entre el Reino Unido y la Unión Europea.

A los euroescépticos y a los unionistas de Irlanda del Norte nunca les agradó la cláusula que obliga a que determinados productos que viajan de Inglaterra, Gales y Escocia al Ulster sean objeto de controles aduaneros, por considerarlo un ataque a la soberanía nacional. Pero es la única fórmula que se encontró, después de darle vueltas y más vueltas al asunto, para no tener que establecer una frontera convencional entre las dos Irlandas tras la salida británica de la Unión Europea. El propio Johnson la aceptó, aunque obviamente con la intención de alterar más adelante las reglas del juego si le convenía.

El líder *tory* lleva más de un año amenazando con invocar el artículo 16 de los acuerdos del Brexit, que contempla la posibi-

lidad de suspender esos controles en casos extremos que afecten al funcionamiento de la economía o amenacen con romper la paz civil. Pero siempre ha reculado antes de apretar el botón, ante la perspectiva de una guerra comercial con Bruselas, de la cual la economía británica - que ya no está muy boyante, se prevé un crecimiento mínimo del uno por ciento el año que viene - podría salir muy perjudicada. La imposición de tarifas y aranceles a las exportaciones

Euroescépticos y unionistas del Ulster ven los controles aduaneros como un ataque a la soberanía

es lo último que necesita.

Johnson, un tipo que suele caer de pie, ya contaba con haber sobrevivido al escándalo de las fiestas, pero el *partygate* no acaba de morir y vuelve a acecharlo. Las municipales del jueves pueden ser otra estocada. El Partido Conservador se encuentra en un estado de parálisis, como mordido por una serpiente. Los diputados *tories* no se animan a desahacerse de él aunque temen que vaya a llevarlos a la ruina electoral, pero tampoco lo apoyan. No quieren mancharse las manos, y

que los votantes de sus circunscripciones les pidan cuentas. No tienen un líder alternativo, y menos después de la caída en desgracia del ministro de Economía, Rishi Sunak, porque su mujer india no pagaba impuestos en el Reino Unido.

La tabla de salvación para Johnson es mantener unida la coalición de partidarios del Brexit, conservadores tradicionales y laboristas desencantados del norte de Inglaterra con la que obtuvo la mayoría absoluta. Pero muchos euroescépticos se han vuelto en su contra con el *partygate*, muchos *tories* del sur inglés consideran una desgracia las subidas de impuestos (los más altos en setenta años), muchos conversos del Labour se dan cuenta de que la promesa de igualar el país es una falacia, papel mojado. Para ello, su plan de emergencia es volver a poner el Brexit en el primer plano, rompiendo los acuerdos, con la esperanza de que la UE se achique, acepte el fin de los controles aduaneros para preservar la unidad del continente en el contexto de la crisis de Ucrania, y Washington haga la vista gorda. Pero si no es así, aceptaría una guerra comercial con Europa para echar la culpa a Bruselas de la inflación, el incremento del coste de la vida y los problemas de suministros.

Ya no se trata tan solo de invocar temporalmente el artículo 16, sino de aprobar una ley (y redactada) que autoriza al Gobierno británico a incumplir los principios del Brexit por razones de interés nacional, sin consultar con Bruselas. Es su versión de la geometría no euclidiana. De una aritmética desafiante. De conseguir, como ha hecho siempre hasta ahora, que dos y dos sean cinco.●